

EL PROCESO DE ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: UNA EXPRESIÓN DE LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

Miguel Villa y Luis Rivadeneira

Introducción

El envejecimiento es un proceso que se desarrolla gradualmente entre los individuos y en el colectivo demográfico. Las personas envejecen a medida que en su tránsito por las diversas etapas del ciclo de vida ganan en años; en cambio, una población envejece cada vez que las cohortes de edades mayores aumentan su ponderación dentro del conjunto. Si bien la edad parece el criterio más apropiado para acotar el envejecimiento, la determinación de un valor numérico preciso siempre tendrá arbitrariedades. Bobbio apunta que el umbral de la vejez se ha venido retrasando a lo largo de la historia y Solari señala que la edad de la vejez, autopercibida o socialmente asignada, ha estado aumentando. Tradicionalmente, la División de Población de las Naciones Unidas ha fijado la edad umbral en los 60 años; para rescatar la heterogeneidad de este grupo se le subdivide en dos segmentos, con el segundo a partir de los 75 años.

La naturaleza sociodemográfica del envejecimiento de la población estriba en sus raíces sociales, económicas, políticas y culturales. Sus efectos entrañan desafíos a la estructura, las funciones y el desarrollo de las sociedades. Este impacto multifacético del envejecimiento motiva la exploración de sus tendencias y antecedentes más cercanos. En el documento se procura mostrar que el envejecimiento de la población de los países de América Latina y el Caribe se desarrolla en el contexto de sus experiencias de transición demográfica. Para ello se considera, como período de referencia, el siglo comprendido entre 1950 y 2050 y se utilizan las estimaciones y proyecciones de población preparadas por la División de Población de las Naciones Unidas y el CELADE.

Factores del envejecimiento

En permanente interacción con la inercia inherente a toda composición etaria, la remodelación de la estructura de la población obedece al sentido, fuerza y persistencia de los cambios de las variables demográficas fundamentales: mortalidad, fecundidad y migración.

La disminución de la mortalidad contribuye a que más personas sobrevivan hasta edades avanzadas. Sin embargo, dado que inicialmente esa reducción es más acentuada en la infancia y la niñez, el resultado es un rejuvenecimiento de la población. Sólo después de haberse conseguido progresos importantes en las etapas iniciales de la vida, la reducción de la mortalidad comienza a rendir frutos entre los adultos mayores. Entre 1950 y 2000, la esperanza de vida de la población de América Latina y el Caribe aumentó, en promedio, 18 años, para llegar a los 69 años. Al inicio del período se observaba una fuerte variación entre los valores de los países; con el curso del tiempo esta dispersión se redujo y las proyecciones apuntan a una futura convergencia. La importancia del componente infantil en la disminución de la mortalidad es ilustrada por la baja de la tasa pertinente, de 120 por mil a 36 por mil entre 1950 y 2000; en ese período casi un 80% de la ganancia de la esperanza de vida correspondió al incremento de la probabilidad de sobrevivir hasta los 60 años.

Si bien la disminución sostenida de la mortalidad fue, en orden cronológico, el primer gran cambio demográfico observado en la región en los últimos cincuenta años, mayor trascendencia tiene la drástica reducción de la fecundidad, acaecida en la mayoría de los países a contar de los años sesenta y setenta. En 1950, la elevada fecundidad se reflejaba en un promedio regional de 6 hijos por mujer; al concluir el siglo XX ese promedio baja a 2.7 y las proyecciones señalan que en el 2025 llegará a 2.2, disminuyendo las diferencias entre los países. El descenso más intenso de la fecundidad que de la mortalidad conlleva un "envejecimiento por la base", que alude a la disminución de la proporción de niños en la población total. La mantención de la tendencia descendente de la fecundidad por un período prolongado origina mayores modificaciones de la fisonomía de la pirámide.

Otro factor que afecta el envejecimiento es la migración internacional, cuyas repercusiones dependen de la magnitud y continuidad de las corrientes y del momento histórico en que se producen.

El carácter variable y reversible de las corrientes restringe su papel en la remodelación de las estructuras etarias de la mayoría de los países. La descripción de los factores del envejecimiento permite indicar que América Latina y el Caribe transita hacia nuevos escenarios demográficos; tal

afirmación, válida para el conjunto regional, no rige por igual a todos los países que la componen. Dada esta heterogeneidad, se identifican cuatro grupos de países de acuerdo con el estado de su transición demográfica en el decenio de 1990: (a) *incipiente*, con persistencia de niveles altos de natalidad y mortalidad; (b) *moderada*, con una mortalidad en descenso y una natalidad elevada; (c) *plena*, con una natalidad en declinación y una baja mortalidad; (d) *avanzada*, con tasas de natalidad y mortalidad reducidas.

Evolución del envejecimiento

Durante la segunda mitad del siglo XX el envejecimiento sólo comenzó a insinuarse en la región: tanto las proporciones de los grandes grupos etarios y sus tasas de crecimiento como los indicadores empleados ponen de relieve que este proceso es fruto de una transición demográfica reciente, por lo que aún no se evidencia en toda su intensidad. En general, y no obstante el rápido crecimiento del grupo de adultos mayores, la población mantiene rasgos juveniles. Las diversas rutas de la transición demográfica dejan su impronta en la polarización que se presenta entre las categorías de transición avanzada y moderada e incipiente. La avanzada reúne países cuyo envejecimiento comenzó hace tiempo (Uruguay y Argentina) y algunos en los que se aceleró fuertemente en años recientes (Cuba y otras naciones insulares del Caribe). Las categorías de transición moderada e incipiente se distinguen porque todavía en el 2000 alrededor del 40% de la población tiene menos de 15 años. A su vez, los indicadores demográficos de la agrupación en plena transición parecen acercarse rápidamente a los que presenta la de transición avanzada. En la primera mitad del siglo XXI, la población regional cruzará el umbral de su envejecimiento y se hará madura. Como advirtieron Peláez y Argüello, el proceso se acelerará después del 2000, principalmente a raíz de los cambios previstos en la fecundidad. Tal vez sea oportuno, entonces, y como sugiere Vallin, hacerse a la idea de una sociedad nueva cuyo envejecimiento es ineludible. Sin embargo, en los primeros años del siglo XXI persistirá mucha de la heterogeneidad observada en los decenios anteriores.

En el 2025, los países de las categorías de transición incipiente y moderada continuarán presentando estructuras relativamente juveniles, pues alrededor del 30% de su población tendrá menos de 15 años y las personas de 60 y más no superarán el 10%. Sólo en seis países, de la categoría de transición avanzada, los adultos mayores serán más numerosos que los niños y jóvenes. El panorama del envejecimiento se hará más nítido hacia el 2050, cuando los indicadores nacionales tenderán a converger; no obstante, el potencial de crecimiento implícito en las estructuras etarias seguirá originando diferencias. Así, sólo en los países de transición avanzada y en plena transición, las proporciones de adultos mayores superarán a las de los menores de 15 años; ello no sucederá en las categorías de transición incipiente y moderada, salvo en Belice. Con todo, los índices de envejecimiento y los de dependencia demográfica de los adultos mayores acusarán una intensificación del proceso.

En suma, al cabo del próximo medio siglo el envejecimiento será más profundo y más generalizado en la región.

Algunos rasgos sociodemográficos de la población adulta mayor

El envejecimiento también se manifiesta en el conjunto de adultos mayores, y así lo muestra el ascenso sostenido de la proporción de 75 y más años de edad. Su aumento es fruto del retroceso de la mortalidad general, de la prevención oportuna de afecciones antes consideradas inevitables y del combate a las enfermedades degenerativas. Sin embargo, no es seguro que tal progreso esté acompañado de mejoras en la calidad de vida. Los cambios en el papel y la estructura de la familia pueden alterar las formas tradicionales de cuidado de las personas de más edad, muchas de las cuales concluyeron su vida laboral, sea porque obtuvieron una pensión o porque sus capacidades no les permiten seguir trabajando. Para una elevada proporción, este retiro no conlleva seguridad económica y, en ausencia de mecanismos apropiados de interacción social, genera un síndrome de desvinculación, con pérdida del reconocimiento y la importancia que esas personas tuvieron en el pasado.

Una característica distintiva del envejecimiento es su especificidad de género; en general, a medida que aumenta la edad de una población se acrecienta la proporción de mujeres, especificidad que se origina en la mortalidad diferencial según sexo y que redundará en una mayor



esperanza de vida para las mujeres. En promedio, las mujeres de la región viven seis años más que los hombres y al comienzo de la edad adulta mayor esa diferencia es de casi cuatro años. Pero más importante que la mera longevidad es la calidad de los años que se viven. Según la información censal, entre un cuarto y un tercio de las mujeres de 60 a 64 años no tienen cónyuge; la ausencia de una pareja, además de restringir las posibilidades de enfrentar las necesidades básicas, crea carencias afectivas y repercute sobre la seguridad emocional. La condición de la mujer de edad se ve también afectada negativamente por la discriminación sufrida a lo largo de su vida; así, por ejemplo, su menor participación laboral limita sus posibilidades de generar ahorro para la edad adulta mayor o de acceder a una pensión.

A raíz de los cambios en la distribución espacial de la población, el grado de urbanización de los adultos mayores supera al del resto de la población y las estructuras etarias urbanas y rurales difieren entre sí; en las rurales son más altos los porcentajes de menores de 15 años y en las urbanas son mayores las proporciones de población en edad de trabajar, lo que resulta en razones de dependencia más bajas. También en las áreas urbanas se registran índices de masculinidad claramente inferiores a los de las rurales. Es decir, si bien el envejecimiento ocurrirá en ambas áreas, sus perfiles serán diferentes.

Finalmente, cabe señalar que las personas de edad siguen cumpliendo un papel importante en la producción de bienes y servicios, pues casi la mitad de la población de 60 a 64 años de la región continúa inserta en la actividad económica. Esta elevada participación laboral revela una situación que, lejos de constituir una opción voluntaria, puede atribuirse tanto a la baja cobertura de los sistemas previsionales como al escaso monto de las jubilaciones percibidas por aquellos que cuentan con tal protección.

El examen realizado permite concluir, entonces, que el proceso de envejecimiento en la región se desarrolla en un contexto de transición demográfica persistentemente heterogéneo, que está acelerándose y que se profundiza y generaliza gradualmente. Este proceso se distingue también por un claro sesgo de género, un predominio urbano y la prevalencia de la inequidad social. El momento histórico en que se dinamiza la transición demográfica, las condiciones iniciales de la estructura por edades y el ritmo de cambio de la fecundidad, la mortalidad y la migración acotan las diferencias del envejecimiento de la población entre los países.

[Documento completo en Word 6.0 \(500Kb\)](#)

Este documento fue presentado durante el [Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre las Personas de Edad](#), realizado del 8 al 10 de Septiembre de 1999 en Santiago de Chile.

[Tópicos Emergentes / Portada CELADE](#)

Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE / CEPAL)
Casilla 179-D, Santiago Chile - Fax: (562) 208 0196 Tel: (562) 210 2093

<mailto:mvilla@eclac.cl>

Última actualización: octubre, 2000